

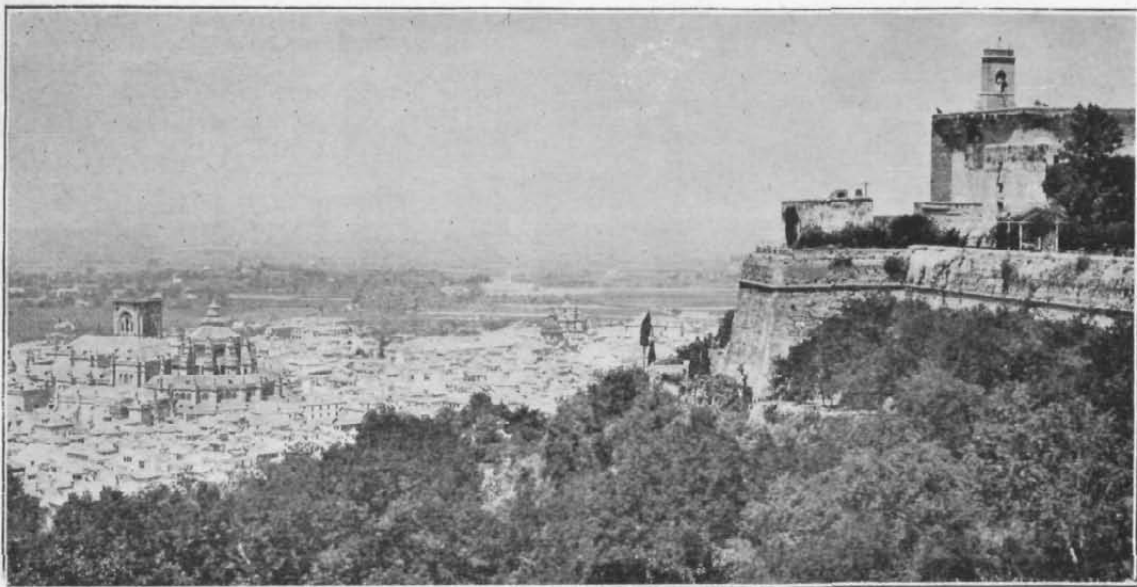
PLUMA y LAPIZ



LEYENDAS Y TRADICIONES

(GRANADA)

Ni aún en la brillante época del Califato disfrutaron tranquilidad los árabes en los mismos territorios españoles á su dominio sujetos. Sobre tener que habérselas con sus naturales enemigos los reyes cristianos que, con empuje y tesón sin ejemplo, iban recuperando palmo á palmo el suelo patrio, veíanse obligados á luchar con enemigos domésticos, ya propiamente merecedores de tal nombre, por ser súbditos ambiciosos y rebeldes; ya intrusos procedentes del Africa, llamados ó admitidos en calidad de auxiliares y que, como los antiguos cartagineses, según el P. Isla, fingíanse amigos para ser señores; ya, en fin, cristianos *mahometizados* ó



VISTA DE LA CIUDAD Y TORRE DE LA VELA DESDE LA ALHAMBRA.

renegados más ó menos espontáneamente y que, con malicia comprensible, procuraban aumentar los obstáculos contra los que tropezaban sus dominadores.

Tenemos ejemplo de esto último en un suceso acontecido el año 276 de la Hegira, es decir, de la fuga de Mahoma de la Meca á Medina; año musulmán que comprende desde el 6 de Mayo del 889 de nuestra era, hasta el 24 de Abril del 890.

En la citada fecha, andaban revueltas las gentes y excitados los ánimos en el territorio que hoy constituye la provincia de Granada, merced á los manejos de un caudillo llamado Omar ben Hafson, quien, puesto al frente de considerable número de *muladies*, nombre que se daba á los cristianos renegados, trataba de constituir un poder con el cual hubiera de contarse, y cometía impunemente no pocos atropellos y depredaciones, de los que casi siempre eran víctimas los sarracenos de pura raza.

Debía su impunidad á su astuta política, pues, así como en la actualidad hay persona bastante hábil para

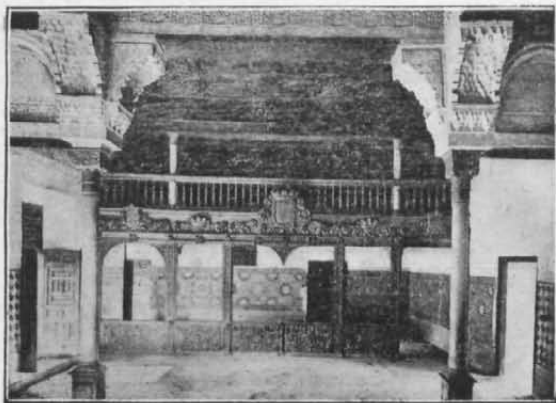
caer de pie dentro del partido que triunfa, el tal Omar, ora se aliaba con los califas contra los enemigos de éstos, ora hostilizaba á aquéllos, si le parecía que no se hallaban en situación de castigar sus fechorías.

Por su desgracia, dió al fin, como dice el vulgo, con la horma de su zapato.

Y la horma del zapato de Omar ben Hafson fué otro *ben*, consonante del jefe de los *muladies*: Sagar ben Hamdon, el *Caisita*, al servicio del Califa cordobés, dió sobre los *muladies* con tanto brío, que tras de derrotarlos en no pocos encuentros, obligóles á dispersarse y los redujo momentáneamente á la impotencia.

Pero si la fortuna es siempre caprichosa, eslo mucho más cuando toma el mote de suerte de las armas. Rehiciéronse los derrotados y dispersos, atacaron á Sagar, y éste, á su vez, se vió precisado á guarecerse en la altura que ocupa hoy el más hermoso de los monumentos de la época árabe que nuestra patria posee, y en la que no había entonces sino una vetusta y medio desmoronada fortaleza.

En ella le encerraron los *muladies* y, orgullosos con sus éxitos, tanto como ansiosos de vengar los pasados



LA MEZQUITA DESDE EL ALTAR.

descalabros, estrecharon el cerco, pretendiendo nada menos que apoderarse del caisita y de todos cuantos seguían su bandera.

No estaba dispuesto Sagar á darles ese gusto. Con tanto valor como constancia sostuvo las fieras embestidas de sus contrarios; y como, por consecuencia de éstas, los débiles muros de la fortaleza veníanse abajo, obligó á sus tropas á trabajar por la noche, á la luz de las antorchas, en reparar los desperfectos causados durante el día y en aumentar las condiciones defensivas de aquél su último asilo.

Desde su campamento veían, no sin asombro, los sitiadores, aquellas viejas paredes iluminadas por las antorchas que las prestaban un tinte especial, y dieron en designarlas con el nombre de *fortaleza roja*, pues con tal color la distinguían, destacándose de las tinieblas de la noche.

Entre tanto, la lucha continuaba, ruda, tenaz, y no exenta de incidentes que en verdad merecen el nombre de poéticos.

Un vate de las tropas muladíes lanzó al fuerte sitiado una composición formada con versículos del Alcorán, en la que se presagiaba el triste fin de los secuaces del caisita.

A su vez, un poeta que formaba entre éstos, contestóle glosando, en sentido favorable para los suyos, la composición susodicha; y cuentan las crónicas que, hallándose apurado para terminar su poesía, dióla final adecuado *una voz misteriosa que partía de lo alto*.

No se necesitó más para enardecer á los sitiados: aquel prodigioso incidente dióles ánimos, no sólo para continuar resistiendo, sino para pedir, á voz en grito, que se les hiciera salir en busca de los contrarios que en tan grave aprieto los habían puesto.

Sagar era caudillo demasiado inteligente para que desaprovechase semejante coyuntura, pues, harto sabía cuánto la fuerza moral aumenta la física, y cuán decisiva es en los combates.

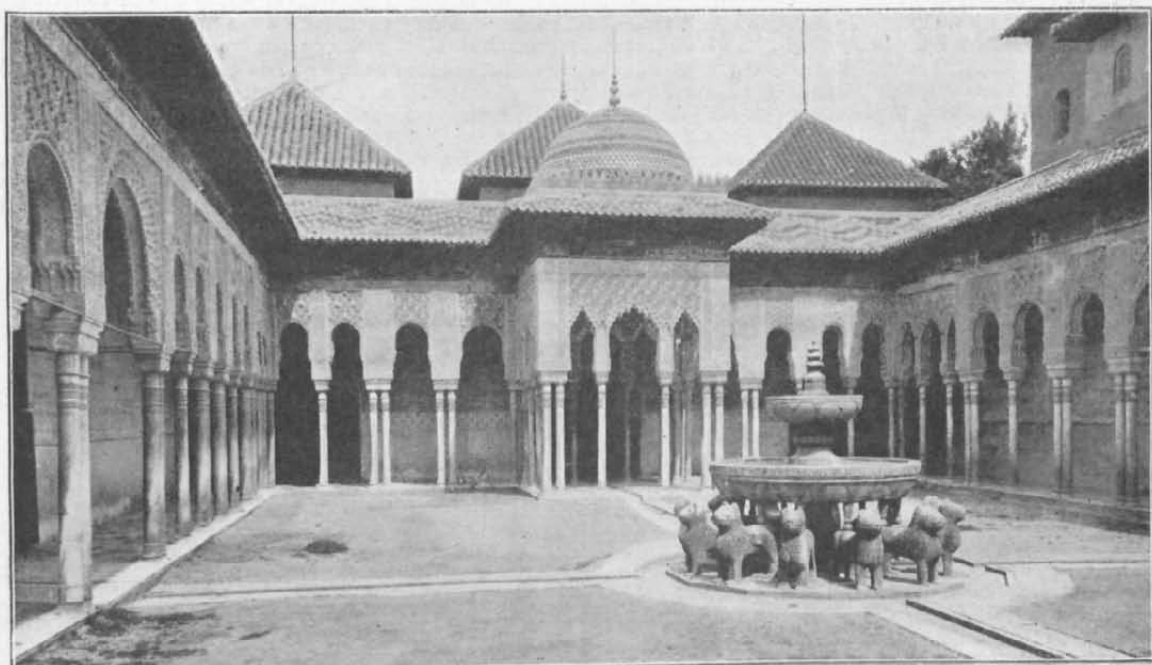
Dispúsole todo con arte y presteza; abandonó su guarida y, cayendo con invencible ímpetu sobre los muladíes, hizo en ellos espantosa carnicería y los puso en vergonzosa fuga.

Su victoria, cantada en otra hermosa poesía árabe, fué decisiva; lo cual para el fin que nos ha movido á consignarla carece de importancia; pero la tiene y grande, el hecho de que, por consecuencia de una de las peri-



LA ALHAMBRA

ENTRADA DE LA GALERÍA DE RETRATOS.



LA ALHAMBRA — PATIO DE LOS LEONES.

pecias del sitio, ya anotada, la del rojo color que tomaba el fuerte por las noches, al iluminarle las antorchas, dióse nombre á la Alhambra, pues en el emplazamiento de aquél se levantó ésta, y *al-hamrá*, palabra árabe, significa *la roja*.

EDUARDO BLASCO

Fotografías de Hauser y Menet.

LA VENGANZA

El amo había visto morir á todos sus hijos y á su esposa. Durante ocho años, la viejecita Rosa había asistido á muchas catástrofes en aquella casa que parecía maldita. Primeramente, murió la madre, después los niños y ahora agonizaba el amo, sin más compañía que la de la vieja criada. A todos les cuidó Rosa y, después de amortajar á la esposa y á los pequeñuelos, ahora se aprestaba á no abandonar á la víctima de tantos infortunios, hasta que pasara de vida á muerte. El médico había dicho que no quedaba esperanza y que, por lo tanto, no valía la pena de que le enviasen á llamar si ocurría lo que era de temer.

Rosa estaba junto á la cama. El moribundo tenía cabal conocimiento de su estado, comprendía que iba á



morir. En ese período que precede á la agonía en muchos enfermos del pecho, en ese período en que los sentidos se aguzan de un modo extraordinario, aun cuando el cuerpo tenga ya las apariencias de la muerte y su inmovilidad sobre todo, el amo tenía los ojos cerrados.

De repente los abrió desmesuradamente. Había sentido, sí, había sentido que Rosa le miraba con una fuerza de odio que llegaba hasta lo más profundo de su sér, á través de sus párpados cerrados. ¿Por qué le miraba de aquella manera insólita la vieja criada, el único resto viviente del gran naufragio de su familia? ¿Por qué posaba sobre él aquella mirada cargada de odio y de desprecio y de satisfacción á un tiempo?

En aquella habitación lujosísima, sobre aquel sillón de terciopelo rojo, formaba la figura de la vieja un contraste indecible. Vestida con unas sayas remendadas y un corpiño que algún día fue negro y ahora era casi verde, con su cara arrugada, morena, en la que resaltaban las manchas rojas de los ojos, de los ojos rojos de tanto llorar, con las manos negras y descarnadas, parecidas á un manojo de nervios y venas recubierto por un pergamino sucio, parecía estar allí para desentonar del lujo, de la elegancia que reinaba por todos lados; hubiera imaginado cualquiera, al verla, que era un símbolo, el de la pobreza contemplando los sufrimientos de su eterna enemiga.

—¿Por qué me miras así, Rosa?—murmuró el moribundo.

La vieja no contestó de momento y continuó mirándole con tremenda fijeza.

—¿Por qué te miro así? Porque vas á morir, porque ya sé que no hay remedio para ti, y ahora, que estoy segura de que nadie acudirá hasta que yo llame cuando hayas muerto, puedo gozar de mi venganza.

El rostro del hombre expresó ese terror que imprime en las facciones humanas el miedo á lo desconocido.

—Ahora puedo decirte,—prosiguió la vieja—que yo he matado á tu mujer y á tus hijos. ¿Recuerdas cuán buena y cariñosa era tu Laura? ¿Recuerdas cuánto me quería? Pues, á pesar de que no la odiaba, la maté por odio á ti. ¿Recuerdas cuánto me quería Regina, aquel ángel de cabellos de oro que de continuo acercaba su rosada boca á mis mejillas hundidas y rugosas? Yo la quería y la maté. Un día envolví su cuerpecito en una camisa que había servido para otra criatura variolosa, y tu hija tuvo las viruelas, y murió desfigurada, monstruosa, horrible. ¿Recuerdas aquella noche que un carruaje aplastó á Juanito? Yo fui quien, sin que tú lo advirtieras, á pesar de ir á su lado, le empujó bajo las ruedas. Y á tu última hija, tan rolliza, tan fuerte, tan colorada, ¿sabes cómo la maté? Yo dormía en su cuarto, para mejor velarla; la hice tomar un sudorífico y, cuando sudaba á mares durmiendo, acerqué la cuna á la ventana, abrí la ventana, entró el aire helado de Enero. El cuerpecito se estremeció; cesó el sudor. Cerré entonces la ventana. Al día siguiente, la niña moría. Yo, yo los he matado á todos y ahora aún puedo contemplar tu agonía.

Durante aquella formidable acusación, el moribundo no dijo una palabra. Anhelante, con los ojos desmesuradamente abiertos, contemplaba aquella furia infernal que de golpe le revelaba tantos crímenes. Sí, ahora recordaba que todo había ocurrido como decía la vieja; que su esposa y sus hijos murieron cuando menos podía preverse; que todos murieron de una manera trágica.

La vieja le miraba sin hablar; pero por el temblor de los labios que cubrían unas encías sin dientes, se veía que aún no había terminado su confesión.

—¿Quién eres?

—No me conoces siquiera. Cuando yo acudí á tu casa para substituirme al destino, jamás te había visto, jamás había cruzado una palabra contigo, y te odiaba, ¡oh! te odiaba con mi alma entera. No sabes quién soy y, sin embargo, has arruinado mi vida, me has hecho cometer crímenes sobre crímenes, casi me has hecho tu igual. A mí no me conocías; pero sí á mi Rosa, á esa muchacha que trabajaba en tus talleres, á esa muchacha que sedujistes con mentidas promesas y que olvidaste después.

La infeliz murió de parto, y murió también tu hijo. Cuando supe que Rosa iba á morir, violentamente, acelerando su fin, la obligué á que pronunciara el nombre de su seductor, tu nombre. Enterré á mi hija y á mi nieta, á tu hija, y vine á tu casa. Ya sabes lo que he hecho. Ahora, muere, muere con el remordimiento de todos esos crímenes que has cometido tú, no yo.

La vieja vió que el amo daba las boqueadas. Su rostro parecía la máscara del espanto. La falta de aire, la asfixia lo amorataba haciéndolo más horrible aún.

Entonces la vieja abrió las puertas y gritó:—¡El amo se muere!



Ilustraciones de A. SERIÑÁ.

LEÓN DEVIL



El camino del arte es espinoso;
muchos lo emprenden con incierta planta,
alentados por locas ilusiones,
impelidos por dulces esperanzas;
pero contados son los que resisten
las rudas pruebas que su paso atajan.
Al final del camino está la gloria
brindando lauros y riqueza y fama;
para acercarse á ella se requiere
estudio, abnegación, genio y constancia.
Cuando el triunfo presencio de un artista
que á la meta llegó... le tengo lástima
y en silencio le admiro, porque pienso,
mientras gozosos los demás le aclaman:
¡cuántos afanes esa gloria cuesta!
¡cuántas noches de insomnio! ¡cuántas

[lágrimas!

Di tú, si no es verdad: dilo, Eleonora,
aunque tal confesión te hiera el alma.

SALVADOR CARRERA

ELEONORA DUSE

Fot. Audouard.

EN EL ÚLTIMO ACTO DE «LA DAMA DE LAS CAMELIAS».

Dicha Eterna

El tren corre... ¿Habéis visto los campos de Sevilla en Abril? Los campos se visten de gala en honor de la primavera; la tierra, el cielo, el mar, el aire que pasa entre las hojas, las florecillas blancas y doradas que ornamentan los caminos, las cañadas, las alturas, los remansos, todo se estremece, todo sonríe; llénase el cerebro de imágenes nuevas, el corazón de ansias desconocidas, olvidase el pasado, se piensa en lo futuro, parece que las nuevas imágenes nunca van a desaparecer, que las nuevas ansias pronto van a cumplirse, la flor nos incienso, el aire nos acaricia, el cielo nos bendice, y con esta música sin nombre, deleite del alma y deleite de la carne, jugamos a seguir soportándolo todo: la vida, los hombres, y aún a soportarnos también nosotros mismos. El tren corre...

¿Y qué os importan los viajeros que van en ese tren? De dos he de hablar solamente: de una mujer y un hombre... Los más ricos, los más ilustres, los más felices de la tierra sevillana, donde nacieron y se amaron y donde acaban de casarse. El amor, la fortuna y la alegría les acompañan. Quisiera que me dijérais qué otra cosa es preciso para ser feliz.

El es emprendedor, generoso y gallardo, viajó mucho, aprendió mucho, trabajó mucho. ¡Es un hombre! Ella... cuando el tren se detiene y miran los curiosos del andén, tras el vi-



drio, su cabecita nerviosa y pálida, antójaseles una flor de estufa. Los pobres a quienes prodiga su óbolo sonriendo, la toman por una virgen guardada entre cristales. Es bella, joven, ama, la aman. ¡Qué bueno es Dios!

Llega la noche y el tren camina con gran estrépito de ganchos, topes, manivelas y rodaje. Al entrar en un túnel, aumenta el estrépito en la concavidad. Con la rapidez de la marcha, figuran arrancar las ruedas a los railes un silbido lúgubre, como la uña de un demonio arrancaría prolongada nota a un arco de fuego. De minuto en minuto, el pitar de la locomotora domina los otros ruidos, extendiéndose su eco, como imponente clamor de alarma, en toda la campiña, y al detenerse el tren en alguna estación, retumban los rugidos de las válvulas de escape en la inmensidad solitaria y silenciosa.

Van solos; el vagón está iluminado débilmente, pero se ven. Tiene el amor una luz recóndita que ilumina con la perfección posible la silueta, los contornos, los detalles, en fin, de la fisonomía del objeto amado.

El está pensativo; la ama, la ama mucho, pero conoció muchas mujeres, conoció muchos hombres, supo muchas historias de alegrías de matrimonios... alegrías que duraron semanas solamente, por buenos, por leales, por dignos que el hombre y la mujer fueran... No, no consistió en ellos;

es la vida, la vida, que es muy amarga.

¿Y qué? La muerte en un instante de placer infinito ¿no es la solución perfecta de la felicidad del hombre?

El ha trabajado, ha contribuido con su gran esfuerzo a la obra humana; pagó su tributo, aunque es joven, estudiando, trabajando, dignificándose desde la niñez. Ella... El tiene ventiocho años, ella diecinueve. El ha vivido mucho; ella empieza a vivir ahora. «No, ella no puede comprender los pensamientos del hombre.»

La mira. Lo primero que en aquel semblante se ve, son las pestañas. Está meditando. Tiene los ojos abiertos, fijos en él. Las pestañas suben hasta tocar en sus cejas y bajan hasta tocar en sus mejillas, como arcos oscuros de poderosa curva. En este instante son esos ojos un libro abierto por la página de más interés. El hombre quiere empararse en aquella lectura y penetrar hasta el último rincón de su pecho. Diríase que esas pestañas dobles, negras, larguísimas, son cubiertas enlutadas de un libro triste, abierto de par en par.

El ha llegado hasta el fondo, ha leído y tiembla de pensar en lo que allí ha leído. ¿Adivinaronle tal vez? El ha leído:—¿Y por qué dudas de que yo quiera morir, aunque haya vivido poco?

La coge una mano; su calor suave, espuela parece que en el corazón se le clava, y la rodea con un brazo la cintura. El tiembla; ella también. Sus cabezas van uniéndose, sus labios van a unirse, lenta, muy lentamente. Ella murmura, como si hablase consigo misma:—¡Dios



mío, que dure siempre este beso!—Y el hombre, muy bajo, oyéndole su espíritu nada más, también dice:— ¡Morir!

Tiemblan, sonríen, sus cabezas se unen, la sangre parece que deja de correr, el corazón parece que deja de latir. ¿Será verdad que el extravío de amor de dos, es remedo acabadísimo de la muerte?... No ven nada, no oyen nada, ni el pito del tren que lanza sus notas, como ayes de espanto, ni voces confusas, ahogadas, que parecen salir de otros departamentos, ni el rugido del vapor, ronco é incesante, como si la caldera hubiese abierto todos sus poros, para escupir de golpe el hálito de su pulmón formidable y la vida de sus entrañas. Y á la par, de pronto, rápido, como inundación de luz, cual mutación prodigiosa y lúgubre, ayes, estampidos, desgajamientos estruendosos, chocar horrible, como de mundos que se parten, y máquina, ténder, vagones que se doblan, se aprietan, se confunden, quedando al fin una montaña fatídica de fragmentos de herrajes, de cadenas, de tablones y de viajeros despedazados.

Amanece; el sol asoma. Su primer destello ilumina dos cadáveres: un hombre y una mujer. ¡Sus cabezas están unidas! ¡Sus labios están unidos! Las flores sonríen... El aire murmura no sé qué cosas. Allá, lejos, suena el esquilon de la ermita llamando á los fieles. En un alambre del telégrafo hay un pajarillo: desperézase, sacude sus plumas y echa á cantar.

M. MARTÍNEZ
BARRIONUEVO

Ilustraciones de A. SERIÑÁ



LA CAZA DEL TIGRE

A Constanancio C. Vigil.

El fiero tigre de afelpada cola
que agita con nervioso movimiento,
por la selva intrincada, húmeda y sola,
cruza con paso majestuoso y lento.

Detiéndose de pronto: el espinazo
enarca hacia la cola con pereza,
estira rígido el nervudo brazo,
abre las grandes fauces y bosteza.

Recobra su actitud: con regulares
pasos avanza y con mirada altiva:
ruge, y tiemblan los troncos seculares
de la ignorada selva primitiva.

Ha olfateado la presa. Alegre ondula
su cola con vaivenes de abanico:
fuego en sus venas de titán circula,
y con placer relámese el hocico.

Trota, y crugen al peso de su planta
las hojas que arrancó la muerte impía
de la desnuda rama donde canta
alegre el ave saludando al día.

De una planicie sobre el verde manto
medio desnudo el cazador espera:
contempla al tigre sin temor ni espanto,
y es una fiera enfrente de otra fiera.

Con una piel de oveja por escudo
y por arma un puñal de fina hoja,
el diestro cazador medio desnudo
al tigre aguarda que sobre él se arroja.

La lucha emprenden con soberbio embate,
y nuevo impulso por momentos toma:
¡no presenció más bárbaro combate
sobre la arena de sus circos Roma!

En el blanco vellón, el tigre fiero
la garra glava con ardor, sin tino,
mientras el ágil cazador, su acero
hunde en la piel pintada del felino.

Al fin, el tigre en el desnudo brazo
clavar su garra formidable pudo:
la sangre lo enardece y de un zarpazo
arranca al diestro cazador su escudo.

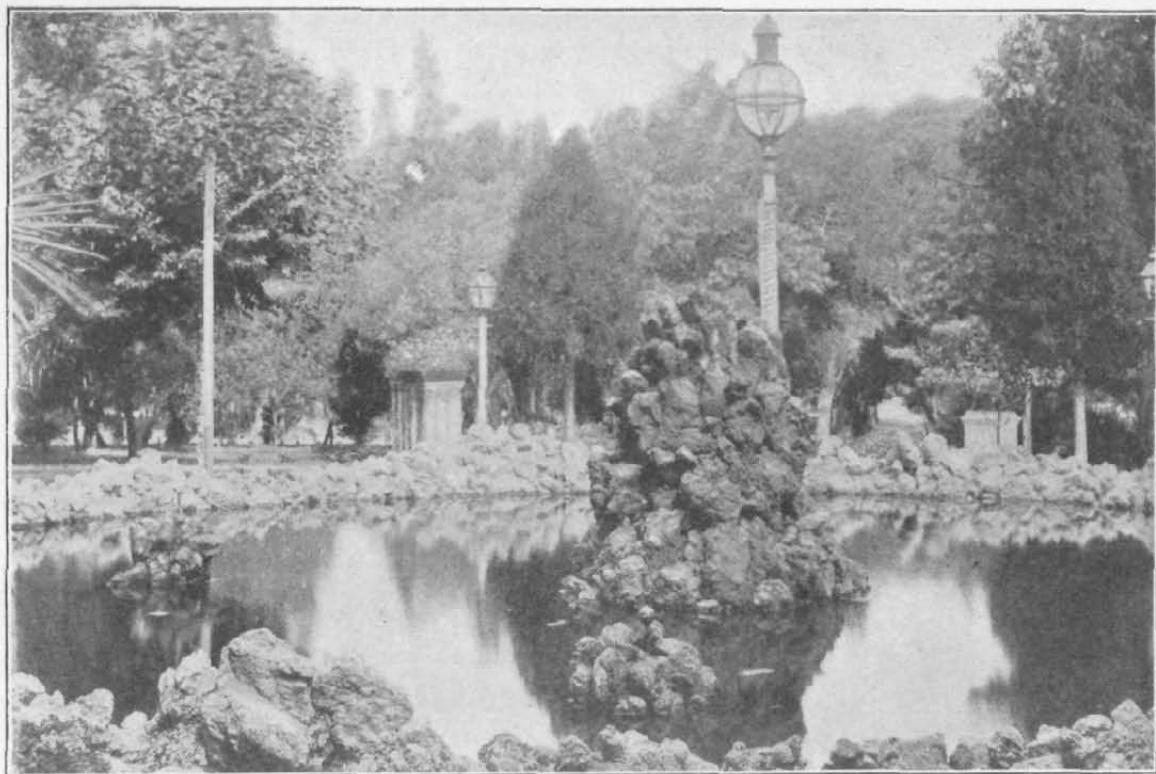
Este tiembla de espanto, y aturdido
cree que ha llegado su postrer instante;
mas el rudo animal, de muerte herido,
rueda cabe al vellón agonizante.

¡Nada en el bosque secular se agita:
no hay para el vencedor verdes coronas,
ni aplaude el César, ni la plebe grita,
ni le mandan sus besos las matronas!

MÁXIMO SOTO HALL

Costa Rica.





MONTEVIDEO — EL PRADO.

Fot. de Filtz-Patrik.

PASATIEMPOS

LOGOGRIFO NUMÉRICO

- 1 2 3 4 5 6 7 8 — Pueblo de Valencia.
 4 3 7 8 2 3 1 — Nombre de varón.
 7 8 5 2 3 8 — Calle de Barcelona.
 4 5 7 7 8 — Mineral.
 4 5 7 6 — En los toros.
 6 2 8 — En el campo.
 2 6 — Musical.
 1 — Vocal.

PEPE.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

f	a	f	e	f	i	f	u
		e	i	o	u		

LUIS.

CHARADA

Hoy me han dicho que Sotera
 está *tercera* con *prima*
 por dos *prima* dos *tercera*.

JUAN J. GUTIÉRREZ RAMOS.

SOLUCIONES A LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO ANTERIOR:

Charada. — Alicantina.
Antipodas. — Amalarico.
Frase hecha. — Tener monos en la cara.
Jeroglífico. — Partido por gala en dos.

CUENTO ANDALUZ

Explicaba un sevillano
 á un patán que le escuchaba
 las grandezas que encerraba
 la iglesia del Vaticano.
 —Mira tú si habrá extensión,
 que el que oyendo misa esté
 en la puerta, al cura ve
 del tamaño de un piñón.—
 —Y hay altares?—Más de mil;
 el mayor es colosal...
 basta decir que el misal
 se muda en ferrocarril.

LUIS DEL ARCO.

CORRESPONDENCIA

Luis del Arco. — Recibidos sus trabajos, hemos utilizado el cuento que figura en este número, en cuanto ha habido ocasión, prometiéndonos hacer lo propio con los restantes, en los sucesivos. Da gusto tener colaboradores como usted, que es un maestro en el género. Puede, pues, seguir enviando, conforme nos anuncia en su carta, seguro de que el público, al igual que nosotros, lo verá con complacencia suma.

A propósito: ¿Por qué no abre usted cátedra de *pasatiempos*? Lo decimos porque muchos de sus compañeros de afición necesitan bastantes lecciones.

Tinito. Desea usted saber si en los versos que nos remitió hay algún defecto. Eso nos prueba que no ha visto usted ni por el forro ningún *Arte poética*. ¡Mire usted que es mucha manía, ponerse á hacer versos sin saber hacerlos! ¡Defectos en los versos de usted! ¡Quíá; no es cosa! Aunque parezca adulación... le diré que no hay uno solo que sea correcto.

Primero se aprende y luego se escribe.



1. — Era una noche oscura como boca de lobo y, á pesar de que no llovía, el valeroso Martín, dormitando contra la barandilla del puente, cumplía la delicada misión de velar por la seguridad pública.



4. — Y siguiéndole, paso á paso y quedito, se fueron internando por una larga y tortuosa vereda. — ¿A dónde irá por estos sitios? — se decía Martín, — quizás se aparta, para contar el oro robado, sucio aún con la sangre de la víctima.



2. — Pero aún no había dicho tres veces que sí con la cabeza, cuando el ruido terrible de una lucha le hizo despertar; oyendo el mismo tiempo que un cuerpo pesado caía al río, estas palabras, dichas en tono agrio: «Así, así aprenderás á ser obediente.»



5. — Esta debe ser su guarida, seguramente; nada, á él....
Y ya iba á dar el grito de
«¡Alto á la autoridad!»



3. — ¡No hay duda; ese es el asesino!
Pero lo avanzado de la noche, lo solitario del sitio y sobretodo el tener que habérselas con un empedernido criminal, aconsejaba la prudencia en el ánimo de Martín.



6. — Cuando la presencia de un perro, chorreando agua, le vino á sacar de su error, y más cuando oyó decir:
— ¡Ya está usted aquí bribón! Parece que no te ha gustado el baño. Así aprenderás á ser obediente.

ST. NICHOLAS FOR YOUNG FOLKS CONDUCTED BY MARY MAPES DODGE



MAGMILLAN AND CO. LTD. ST. MARTIN'S ST. LONDON
THE CENTURY CO. UNION SQUARE NEW YORK